



LA POESÍA LÍRICA Y ÉPICA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

I

AL terminar el siglo XIX, el suelo de la Península ibérica no aparece á mis ojos ni más estéril, ni peor cultivado, ni con ciudades y villas menos populosas y prósperas, ni sosteniendo seres humanos en menor número ó dotados de facultades y aptitudes inferiores á las de otras épocas. España, lejos de decaer, progresa. Unida á las demás naciones de Europa, aun cuando careciera ya de impulso propio, seguiría, como sigue, el movimiento progresivo y ascendente del conjunto de pueblos europeos que desde hace cerca de tres mil años prevalecen sobre las demás tribus, castas y gentes que hay en el mundo.

En la serie de actos que ha sostenido y acrecentado el predominio de la civilización de Europa, España figura brillantemente en otras edades. Momentos ha habido ó mejor dicho ha habido siglos enteros en los que España ha ido al frente de ese movimiento civilizador y ha podido considerarse sin jactancia como la más activa y adelantada de esas naciones.

A fines del siglo XVI podemos considerarla culminando en la plenitud de su poder y de su gloria. Su imperio era tan extenso entonces, que tal vez no hubo nunca otro mayor: ni el de Ciro, ni el de Alejandro, ni el de Roma en tiempo de Trajano, ni el de los primeros califas, ni el de los mogoles, ni el de los turcos. Pero este dominio colosal de España, aunque conservó su extensión, perdió pronto su fuerza real, su crédito y el respeto y el temor que inspiraba. A fines del siglo XVII, si no conservaba España toda la integridad de su imperio, sus reyes tenían aún bajo su cetro la mayor y mejor parte de él, y, sin embargo, nunca estuvo antes, y nunca ha estado después, más débil, más abatida y más postrada que entonces. Lo mismo en las artes de la paz que en las de la guerra, lo mismo en importancia militar que en ciencias, letras y artes

y que en agricultura, industria y comercio, nuestra decadencia era harto lastimosa.

¿Cuáles fueron las causas que á tan rápida decadencia nos trajeron? Cuestión es ésta que no está resuelta todavía, que es difícil de resolver, y que, dividiendo á los españoles en opiniones contrarias, ha sido principal origen de dos grandes parcialidades, enemigas acérrimas, cuya conciliación se ha buscado en balde, y cuya más que secular contienda, que á pesar de treguas efímeras puede ser calificada de casi incesante, nos ha fatigado sin provecho, ha debilitado las antiguas energías y nos ha robado la confianza en los altos destinos de la nación, confianza indispensable para alcanzarlos y conservarlos con la constancia, la entereza y los bríos que tan alto empeño requiere.

De aquí que España, en vez de ir á la cabeza y como guía, haya ido á remolque y como arrastrada por el camino del progreso, quedando desvalida y pobre en comparación, sobre todo, de las cuatro principales potencias de Europa: Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, y de otra potencia de no menos amenazadora magnitud, á cuya creación en América imprudentemente contribuimos.

Sin duda lo que llamó Vico *Ciencia nueva*, la filosofía de la historia, es algo más deseado que logrado. No presumo yo de saberla; lejos estoy de afirmar de un modo inconcuso uno solo de sus principios fundamentales. Creo, no obstante, que si bien en la elevación y en la caída de los imperios entra como poderoso factor la conducta de la mayoría de los individuos, el auge ó la degeneración moral ó intelectual de los pueblos y de sus gobiernos, entran también como factores no menos poderosos ciertas leyes providenciales ó fatales, según cada pensador quiera imaginarlas, por cuya virtud se ordenan los sucesos y van por determinado camino, sin que la voluntad de los hombres baste á marcarles otra dirección, y tal vez sin que el entendimiento de los hombres prevea ó columbre exaltación gloriosa ó negro precipicio como meta ó fin de la carrera.

La postración de España, la debilidad enfermiza de su imperio y la corrupción y bajeza en que ciencias, letras y artes habían caído al empezar el siglo XVIII, son hechos indudables. Lo que, en mi sentir, no se puede explicar y afirmar con certidumbre, es la causa que á tan deplorable extremo nos trajo. Cuanto se hizo después, sobre todo

reinando Carlos III, para subir nuevamente á la altura y para recobrar el esplendor antiguo, merece el mayor aplauso, pero excita dudas que apenas acierto yo á disipar. ¿Revivió entonces el espíritu nacional, sin desechar el pensamiento propio al volver de su letargo, y sin renegar de los principios que habían informado su cultura, ó se valió de ideas y doctrinas exóticas, importadas de extraños países, para imprimir otra vez movimiento, vida y fecundidad á su espíritu? Hubo, en verdad, principalmente desde mediados del siglo XVIII, algo á modo de renacimiento. Las ideas más en vigor entonces por toda Europa, penetraron sin dificultad en España. Pero esto no nos desnaturalizó ni pudo desnaturalizarnos. España no estuvo aislada nunca ni fuera de la comunión espiritual de las otras naciones europeas. Lejos de sustraerse á las nuevas direcciones del pensamiento humano, España, si no las ha marcado, las ha seguido. Toda nueva corriente de opinión no se detuvo en los Pirineos, sino que los salvó y se difundió por la Península, lo mismo en los siglos XI y XII que en los siglos XV y XVI, que desde mediados del siglo XVIII hasta el día. Por esto no perdimos nuestra originalidad, ni se desvirtuaron ó adulteraron las

prendas de nuestro gran sér, ni dejamos de ser lo que éramos. Error es afirmar que un catolicismo intolerante y austero haya sido el germen fecundo de la grande y propia civilización española, y pueda considerarse como consustancial con ella. Tarde se formó la unidad nacional; pero desde hace muchos siglos hay España, y no sólo como mera expresión geográfica, sino como cuna y patria de hombres que consideramos antepasados nuestros, y que nos jactamos de que fuesen españoles cuando algo valían. Y si en España, cuando prevalecía el gentilismo, hubo filósofos y poetas como Séneca y Lucano, y los hubo de mayor valer é importancia todavía entre los españoles sectarios del Talmud y del Corán, no me parece lógica la afirmación de que todo gran pensamiento español ha de ser católico y de que todo aquel que no le tiene reniega de su casta.

Lo expuesto, por otra parte, va mucho más allá de lo que se requiere para impugnar ciertas afirmaciones. La filosofía sensualista del siglo pasado, y Voltaire y la Enciclopedia y la marcada propensión á la incredulidad de muchos libros franceses de aquella época, apenas penetraron someramente en España, y sólo tocaron é infi-

cionaron á pocos personajes, dejando exenta de su influjo á la inmensa mayoría de los vasallos del piadoso rey Carlos III. Por poco entró, pues, la levadura de impiedad en la masa de la nación española y en el notable desenvolvimiento que tuvo su espíritu en el último tercio del siglo XVIII y en los primeros años del siglo XIX.

Contrayéndonos á la literatura, el influjo extranjero fué menor todavía. El clasicismo no era en España novedad peregrina. Los preceptos de Aristóteles, de Horacio y de Vida habían sido enseñados, preconizados y observados antes de que Lope y otros poetas geniales prescindiesen de ellos ó los encerrasen con cien llaves. No vino Boileau á enseñarnos nada nuevo ni á pervertirnos. El amaneramiento y la bajeza en que la poesía había caído requerían severa corrección, y Luzán y otros preceptistas y críticos se la impusieron, no prevaleiéndose sólo de la autoridad y del crédito de los admirados escritores franceses del tiempo de Luis XIV, sino también de argumentos y razones más ó menos plausibles, y aun del ejemplo de escritores españoles, antiguos y castizos, que no habían incurrido en la supuesta falta que tanto se combatía.

De todos modos, bien puede sostenerse

que en lo que más eficaz y lastimosamente influyó el gusto francés, llamado más tarde pseudo-clásico, fué en el teatro; pero no porque acabó con una literatura dramática que ya desde Tirso y Calderón había degenerado en Comella, sino porque careció de inspiración propia y dichosa para crear, con arreglo á los nuevos ó más bien renovados preceptos, un teatro que no desmereciese, ya que no se sobrepusiese, al que, por ser tan contrario á las *reglas*, injusta y ásperamente se censuraba. Aun así, ya que no en la tragedia ni en el drama elevado, en la comedia de costumbres y en el sainete, ó sea en lo que ahora llaman género chico, la nueva escuela crítica no ahogó la inspiración, ni mató la originalidad, ni cortó al ingenio sus alas, como lo demostraron primero D. Ramón de la Cruz, Castillo y otros, y D. Leandro Fernández de Moratín más tarde.

En cambio, en la poesía lírica y narrativa no se descubre, en mi sentir, la huella más leve de imitación de los franceses. El renacimiento fué limpia y enteramente castizo. En toda la renaciente poesía no se nota nada que proceda de Francia. Nuestros grandes poetas líricos de aquel período preceden á los franceses, ya que Andrés

Chenier no pudo ser conocido en España, ni en Francia gozó de popular nombradía, hasta mucho después que nuestros grandes líricos habían escrito y publicado sus obras más inspiradas y perfectas. Bien puede sostenerse que nada es más castizo y propio de España que nuestra poesía lírica del último tercio del siglo XVIII y del primer tercio del siglo XIX. Si alguna imitación se advierte en ella de poesía extranjera, es sólo de la poesía italiana, aunque harto menos declarada y frecuente imitación que la que hubo en el siglo XV y sobre todo en el XVI, desde la revolución literaria realizada principalmente por Boscán y por Garcilaso. Tal vez personas eruditas investiguen un día y pongan en claro el influjo de Italia en España durante aquel período; pero desde luego es lícito afirmar que hubo de ser muy corto cuando se requieren erudición y diligencia para descubrirle. A primera vista, sólo en algunas poesías ligeras y amorosas se ve el influjo de Metastasio. Parini y Jovellanos coinciden en el mismo punto. Ambos castigan duramente en sus sátiras la corrupción, el rebajamiento, el ocio, la molición y los vicios de la nobleza de su tiempo; pero por tan diverso estilo y con manera y tono tan distintos, que dan la

más brillante é irrecusable prueba de la originalidad y de la independencia de ambos. Acaso coincidieron en el asunto, sin saber el uno del otro y sin haberse nunca leído. Y, por último, en el atildamiento exquisito y en la elegante y nítida pulcritud de no pocas composiciones de D. Leandro Fernández de Moratín, sobre todo de las que están en versos endecasílabos libres, como la epístola *A Don Gaspar de Jovellanos*, *la sombra de Nelson*, *El filosofastro* y *Elegía á las musas*, algo se nota de aprendido é importado de Italia, pero con hábil y dichosa adaptación á lo propio y castizo.

Hasta en las circunstancias en que apareció el renacimiento literario se ve que el impulso fué más nacional que venido de fuera. No fué en la capital y corte donde con mayor brío despertó el ingenio español, sino en apartadas comarcas en las que las ideas transpirenáticas de moda debían llegar más tarde y tener menos fuerza para mover los espíritus. Con mayor eficacia, y á par ó antes que en Madrid, la musa española despertó de su sueño y surgió á nueva y fecunda vida, primero en Salamanca, y en Sevilla luego. No imitó Fray Diego González á ningún extraño poeta, sino á Fray Luis de León, así como Cadalso siguió el camino

trazado por Villegas, y así como Iglesias se inspiró en Quevedo y en Góngora, desechando lo alambicado y lo culterano y procurando más natural sencillez para su estilo.

El maestro de todos, el más egregio promovedor del nuevo florecimiento poético, apareció también en Salamanca, y fué don Juan Meléndez Valdés. En la concisión que exigen estos artículos no cabe que señalemos las faltas, que realcemos á pesar de ellas el mérito de Meléndez y que demos-tremos que fué justa la extraordinaria nombradía que obtuvo y que pondera y recuerda Quintana.

Sin duda en el día de hoy condenamos y hasta llegamos á encontrar ridículos cierto amaneramiento dulzón y cierta volup-tuosidad, entonces de moda, y de que Meléndez se inspira á menudo y demasiado.

Hoy nos cansan ó nos disgustan las gracias y lindezas de la palomita de Filis, las tortolillas que se acarician con trémulos picos y enseñan á amar á los inocentes Bati-lo y Dorila, y las frecuentes travesuras de Cupidillo, quien para burlar á las zagalas llega á convertirse en mariposa,

Los bracitos en alas
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.

Pero, á pesar de todo esto, Meléndez merece grandes elogios, y ya quien escribe estos artículos celebró á Meléndez en reciente y muy solemne ocasión, y nada halla hoy más á propósito para elogiarle que recordar lo que dijo entonces.

Las bellezas abundan en los versos de Meléndez, y muy particularmente en los romancillos cortos, en las letrillas y en los romances. Su talento descriptivo merece, sin restricción, todo encomio. Y lo que más encanta en este poeta es el don misterioso con que su estilo enlaza la espontánea y natural sencillez á la refinada delicadeza que jamás le abandona ni le deja caer en prosaismo. No ha menester para esto de consonantes ni de asonantes difíciles, de trasposiciones violentas, de vocablos altisonantes, ni de giros rebuscados. Bástenos citar como modelo de tales primores el romance titulado *Rosana en los fuegos*.

Famosos se han hecho otros poetas cantando amores petrarquistas, algo metafísicos y sutiles, ó bien pasiones frenéticas y tremebundas, ya endiabladas, ya enfermi-
zas; pero el amor sano, quizás un tanto cuanto sensual y desenvuelto, aunque velado por limpio y cándido cendal para que el rígido pudor no se enoje, pocos en Espa-

ña han sabido cantarle como Meléndez. Y esto ni debe pasar ni pasa de moda mientras haya en el mundo mancebos enamorados, finos y galantes y muchachas bonitas.

Allá, en tierra extranjera, junto al sepulcro en que Meléndez yacía y de donde le hemos traído, quedó, sin duda, colgada en un sauce la lira en que el poeta cantó sus amores. Nadie la ha descolgado ni tocado después con mayor acierto y con más grata melodía. La inspiración ha venido en ocasiones de esfera más alta y con ideas y sentimientos más complicados; pero en su natural y candorosa inspiración, Meléndez no ha tenido quien le supere. El numen de la poesía ha tocado la trompa guerrera para acompañar la robusta voz de Quintana; Gallego ha hecho oír sus varoniles acentos al compás de los terribles golpes dados en el broquel resonante con la empuñadura de la espada; notables poetas hemos tenido después y tenemos aún; pero en el género sencillo que hemos indicado, Meléndez continúa siendo el maestro.

Aquella rítmica y firme trabazón con que Gallego enlaza sus cláusulas, como quien junta el mármol y el bronce para erigir un monumento que, sin derrumbarse,

resista á la corriente de los siglos merece por cierto ser muy celebrada; pero también lo merecen las poesías ligeras de Meléndez, gracioso canastillo de olorosas y lindas flores que no se marchitan, y que los genios del amor sostienen flotando sobre las ondas del río del Olvido, sin que se anegue nunca y sin que sus más furiosas avenidas logren arrebatarle lejos de nosotros, que le admiramos.

Desde las orillas del Tormes á las de Betis volaron en alas de la fama los aplaudidos versos de Meléndez, en compañía de las otras victorias y de los otros triunfos que la nueva escuela salmantina había alcanzado. Con tan poderoso incentivo penetró la emulación en Sevilla y despertó á las musas de aquella región que dormían sobre sus pasados y seculares laureles, dejando el campo libre á pedestres y desaliñados copleiros. Contra ellos se alzó la nueva escuela sevillana, procurando renovar las bellezas, los primores y la elegancia de Herrera, Arguijó, Rodrigo Caro y Rioja.

Acaso pueda acusarse de sobrado artificiosa la nueva escuela; pero á fin de cumplir su propósito no podía menos de serlo. Era menester que las reglas, la erudición y el buen gusto realzasen la poesía, que,

aspirando á popularizarse, se había humillado y emplebeyecido.

El movimiento intelectual tan notable en el reinado de Carlos III, y la afición á los estudios clásicos y á las lenguas sabias, griega y latina, eran circunstancias propicias para la aparición de una poesía más erudita que popular, y más que inspirada, primorosa y elegante.

La nueva cultura no dejaba por eso de ser nacional. Los importados elementos extraños contábanse por mucho menos que los elementos propios. El conocimiento y la admiración de los escritores franceses é ingleses, entonces de moda, entraban por mucho menos que lo que entran en el día en la producción de nuestras obras de ingenio. No era importado, sino renacido, el florecimiento literario. El árbol del nuevo saber no había sido trasplantado de terreno extraño, sino que tenía muy hondas raíces en nuestro suelo. Medraba, sin embargo, y daba su fruto, no en campo abierto y libre, sino en aristocrático y cercado jardín, cuya entrada el vulgo desconocía y cuyo nivel estaba mucho más alto que los bajos caminos por donde entonces el vulgo andaba.

Fuerza es confesarlo; si entonces contribuyeron juriconsultos, magistrados é indi-

viduos de la alta nobleza á la difusión de las luces, más contribuyó el clero secular y el de las órdenes religiosas.

El acto despótico de Carlos III expulsando de España á los jesuitas, hizo patente en Italia la ciencia y el ingenio que éstos habían atesorado.

En defensa de la patria, tan ingrata con ellos, Serrano, Lampillas y Andrés celebraron sus pasadas glorias científicas y literarias, difundieron el conocimiento y la estimación de ellas en extraños países, y contribuyeron á demostrar que la nueva cultura española no era transportado y exótico producto, sino antigua, vivaz y bien arraigada planta, que reverdecía y otra vez florecía y fructificaba.

Ni Batteux, ni La Harpe, ni Hugo Blair, ni Boileau, traducidos y estudiados por los españoles, les habían enseñado las reglas del buen gusto y la teórica de las bellas letras como si antes le fuesen desconocidas. Se hizo ver que habíamos tenido en lo antiguo grandes humanistas, y que no carecían de antepasados ilustres los que, para emular su gloria, aparecieron entonces en España continuando su brillante labor hasta nuestros días, á pesar de la decadencia reciente de los estudios de humanidades.

De lo dicho dan espléndida prueba los nombres ilustres de D. Pedro Estala; del padre Bartolomé Pou; de D. Antonio Ranz Romanillos, traductor de Plutarco, de D. José Gómez Hermosilla, cuya traducción de *La Iliada*, censurada harto injustamente, es más fiel, aunque no tan poética como la italiana de Monti; de D. Francisco Patriocio Berguiza, que puso en verso castellano las odas de Píndaro; de D. José Castillo y Ayenza, que tradujo á Tirteo, á Anacreonte y á otros líricos griegos; de Pérez del Camino, traductor de Tibulo; de D. Juan Gualberto González, cuya versión castellana de las *Eglogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio es de lo más bello que en este género tenemos; de D. Francisco Javier de Burgos, que vertió hábilmente en nuestro idioma toda la obra del vate de Venusa, y de D. Javier de León Bendicho, que tal vez acertó á dar en nuestro idioma, y en bien construídas octavas reales, mayor mérito del que tienen en latín á *Los Argonautas*, de Valerio Flacco.

Este amor fecundo á los clásicos de Grecia y Roma, atravesando ileso el turbulento y revolucionario período del romanticismo, ha mostrado y muestra su eficacia hasta en nuestros días. De ello dan ejem-

plo clarísimo, entre no pocos otros poetas traductores, el Duque de Villahermosa, con *Las Geórgicas*; el presbítero D. Luis Herrera, con *La Eneida*, y, sobre todo, el sabio y pasmoso polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo con el *Promoteo encadenado* de Esquilo y otras hermosas versiones. Los estudios críticos de este último autor, sus traducciones de algunas poesías de autores modernos que por la pureza de su gusto clásico se distinguen, como *Los sepulcros*, de Hugo Fóscolo, y *El ciego* y *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, y sus magníficas composiciones originales *Epístola á Horacio* y *Carta á sus amigos de Santander* con motivo de haberle regalado la Biblioteca greca de Fermín Didot, se diría que vienen á terminar la contienda entre lo popular y lo erudito, lo romántico y lo clásico, resolviendo las contradicciones en una síntesis elevada, amplia y conciliadora.

Muy lejos estaba aún de realizarse esta síntesis conciliadora ó eclecticismo estético, cuando apareció en Sevilla la nueva escuela, y logró pronto su mayor esplendor y nombradía. Imposible es dar cuenta en este breve escrito de las obras de los principales individuos que formaron dicha escuela y la hicieron famosa. Limitémonos, pues, á ci-

tar los nombres de D. Manuel María Arjona, de D. José María Roldán y de D. Félix José Reinoso, autor de *La inocencia perdida*. Más sabios todos ellos que poetas, compusieron lindos versos, más recomendables por la nobleza de la dicción y por el esmero y elegante primor del estilo, que por la originalidad de las ideas, vigor de la fantasía y elevación y viveza de los afectos.

Entre los poetas de la escuela sevillana descolló D. Alberto Lista, cuya fama, en vez de extinguirse, se dilató y creció hasta su muerte, ocurrida casi á mediados del siglo, y cuyo benéfico influjo en la literatura fué más eficaz que por las poesías que compuso, por la sabia y juiciosa enseñanza que dió á la juventud. Esta enseñanza, de más valer para la fama de Lista que sus atildados y discretos versos, aun contando entre ellos *La muerte de Jesús*, *Al sueño*, y algunos romances, tuvo poder benéfico en el ulterior desenvolvimiento intelectual de España, encauzó su desbordada corriente cuando llegó la época del romanticismo, y contribuyó á preservar la cultura española de la degradación bárbara y fanática en que la plebe absolutista estuvo á punto de sepultarla durante el funesto decenio de 1823 á 1833: funesto decenio que, con tanta elo-

cuencia como justicia, estigmatiza el poeta en versos que conviene recordar á los que echan de menos los buenos tiempos del absolutismo. De aquellos tiempos, Lista, tan moderado en sus opiniones, llega á decir que

Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina;

que sólo se ensalza la *estupidez sanguinaria y dócil*; que es desgraciado quien osa mostrar la *antorcha de la razón*, y que España, árbitra en otro tiempo de ambos mundos, ya pobre é ignorante, es un ludibrio de las gentes.

Pasó, con todo, el fatal decenio al terminar el reinado de Fernando VII. Y aun en medio de la asoladora guerra civil que nos legó al morir aquel monarca, revivieron en España las artes y las letras, y la poesía lírica obtuvo entre nosotros nuevos triunfos.

II

A pesar de no haber habido solución de continuidad en el movimiento intelectual de España, ni menos aún transformación de lo castizo y propio en exótico é importado, no puede negarse que las ideas que prevalecían por toda Europa á fines del siglo XVIII penetraron en España, lo mismo que en Italia, Alemania é Inglaterra, sin que esto presuponga pobreza ó desfallecimiento en el espíritu de las naciones, donde los pensadores franceses llegaron á ser objeto de imitación y de culto.

La protesta contra semejante invasión, más briosa en España que en otros países, prueba cuán arraigados estaban en el alma española su sentir y su pensar esenciales é inveterados.

Los que fueron más rebeldes á este pensar y á este sentir, por hallarse íntimamente imbuidos y con mayor violencia dominados por las ideas nuevas, tuvieron que huir de la patria y tuvieron que renegar de